
Del trabajo como vocación al trabajo como elemento de estructura

Si antes se hablaba del trabajo y su sentido, del trabajo como vocación, hoy sólo se puede hablar de la función trabajo y de su instrumentalidad.

_____ **Por Antonio Marzal Fuentes *** _____

INTRODUCCION

En el presente ensayo, parto de una constatación que someto a análisis, y llego a una hipótesis de trabajo que sugiero más que analizo.

La constatación (empíricamente fundada y analizada aquí mismo, de maneras varias, por las ponencias que me han precedido) es la de la pérdida por parte del trabajo de su carácter sustantivo de realidad en sí, de vocación tal como se perfila en los análisis ya clásicos de Weber. La hipótesis de trabajo (para cuya construcción sólo presento ciertas sugerencias particularizadas) es la de la transformación del trabajo en función instrumental del sistema social, de cuya estructura funcional total forma parte como elemento básico.

Si antes se hablaba del trabajo y su sentido, hoy sólo se puede hablar de la función trabajo y de su instrumentalidad.

Acudiendo a comparaciones de otras ciencias y saberes, se podría hablar, para la explicación de mi hipótesis, de un fenómeno similar al del desplazamiento semántico que sufren las palabras por un uso social distinto. El término trabajo sería el mismo, pero sería distinto su significado.

* Profesor de la escuela Superior de Administración y Dirección de Empresas (ESADE) de Barcelona.

Antonio Marzal Fuentes

Del mismo modo, y tomando ahora prestada la comparación de la física, se podría decir (tal como apunto en mi subtítulo) que estamos asistiendo a un proceso de cambios isomórficos de la función-trabajo. La constitución, la composición química del trabajo sería la misma, pero sus constantes físicas habrían cambiado muy sustantivamente.

El desarrollo analítico de una y otra afirmación, la de la constatación previa y la de la hipótesis construida, constituyen las dos partes de mi ensayo.

2. PARTE I: SOBRE EL TRABAJO COMO VOCACION

2.1. Punto de partida: Una constatación

Como acabo de adelantar en este esbozo de síntesis (o, quizás mejor, sólo de índice), el punto de partida de mi ensayo es una constatación: la concepción clásica del trabajo referido a —y nacido con— la sociedad industrial (entendida ésta como maquinismo, capitalismo, e ilustración en su doble vertiente de cientismo y optimismo) ha muerto. Es decir, ha muerto la concepción clásica del trabajo como vocación, como fin en sí, como interiorización metódica weberiana, como cultura, como ética, para utilizar la misma terminología de Weber.

Y yo pienso además que ha muerto definitivamente, en la medida en que es posible utilizar con sentido este término previsible de tiempo, para el largo plazo, digamos, sobre todo si el largo plazo se toma, referencialmente, más como un límite que como una duración, más como un término que como un tiempo: el término que podría delimitarse, recordando a Keynes, por el hecho de que entonces todos estaremos ya muertos. Si aceptamos ese plazo como límite del análisis, se puede decir con sentido que todo intento de restaurar el sistema productivo a base de la vuelta —romántica o no— a la moral antigua del trabajo, la weberiana, está llamado a fracasar como política.

Como constatación me parece algo claro y, por claro, poco interesante. Lo único que podría interesar, por ello, es el desvelar el sentido que tiene esa constatación y que en ella se oculta.

2.2. El sentido de esa constatación

Metódicamente y para esta perspectiva constatable en que me sitúo, lo útil no es insistir en la constatación de ese hecho, sino en el sentido de nuestra constatación del hecho. Sobre todo, si ese sentido puede descu-

Del trabajo como vocación al trabajo como elemento...

brir matices como el de lo tardíamente que hemos llegado a la constatación misma.

Para ello ofrezco tres tipos de aproximación: 1) un primero, que se refiere al significado de esa constatación del cambio, 2) un segundo, que trata de constatar el sentido concreto del cambio y 3), un tercero, que reflexiona sobre el por qué hemos tardado en percibir el cambio y cuáles son los elementos cognoscitivos o emotivos que nos lo han impedido.

1) Es decir, aludo, en primer lugar, a un fenómeno conocido que hace referencia, en el contexto de la vigencia social de las ideas, a la relación entre los hechos sociales y la explicación de los hechos con que trabajan las ciencias sociales. La perfección de una explicación —y la weberiana lo es— lleva consigo, de algún modo, su propia muerte. O, dicho de otro modo, la asimilación, la asunción social de una explicación (nacida analítica) lleva siempre en sí misma, como consecuencia de nuevos matices exploratorios y de nuevos hechos percibidos al amparo de esos matices, el germen de una especie de *Aufhebung* hegeliana, que la mata y supera. No es preciso ser hegeliano para razonar así. Basta con creer, como yo creo, que la ciencia es la historia de la ciencia. Y desde esta perspectiva historicista del pensamiento, quizás lo que suceda es que la perfección de la explicación del fenómeno (y repito que la explicación de Weber es perfecta) es, al tiempo, una especie de desmitificación, de desacralización de la explicación misma, que, una vez desacralizada, muere.

Apunto esta sugerencia como fenómeno de fondo. Desde una perspectiva más analítica de la explicación misma, cabría añadir nuevos matices que resitúen mejor la explicación misma, para entender mejor este proceso. Por ejemplo, que la sacralización/explicación del trabajo en los análisis de Weber, coherentemente con su tesis de la correlación estadística, entre ética protestante (previamente desprovista, en términos históricos, de su esencialidad religiosa) y espíritu capitalista (que define los valores y las técnicas de una época nueva), es, lógicamente, una explicación del trabajo emprendedor, no de cualquier trabajo. Se puede, pues, suponer que la desaparición de esa dicotomía del trabajo subyacente en los análisis de Weber (la del trabajo emprendedor y la del trabajo comprado para emprender, la del trabajo-mercancía como diría Marx), la desaparición de esa dicotomía, repito, como hecho nuevo, instaurado en la realidad por la entrada en tromba de la civilización de masas (la de "la ley de los grandes números", que diría Robert Escarpit), implicará también la desacralidad, la desmitificación de la explicación weberiana del trabajo como mito, como sacralidad, como vocación.

2) El nuevo sentido del trabajo en las nuevas circunstancias (las post-weberianas, digamos, para entendernos) sería, así, fruto de un proceso social paralelo al de la desaparición de la dicotomía del trabajo (trabajo

Antonio Marzal Fuentes

emprendedor, metódicamente interiorizado-trabajo mecánico, repetido y pasivo), y que podría definirse por la pérdida, por parte del trabajo, de su carácter sustantivo, para hacerse cualidad estrictamente instrumental. Instrumental de una posibilidad de consumo, que se constituye en el nuevo valor central de la nueva sociedad salida del agotamiento, por su perfección (como diría Schumpeter), del primer capitalismo.

Este cambio de naturaleza social del trabajo, este desplazamiento semántico de una palabra que, como tal, subsiste, idéntica a sí misma, ha sido analizado amplia y brillantemente (incluso irreverentemente con respecto a las ideas recibidas) por los que me han precedido en este seminario. Por eso yo aquí me limito a apuntarlo de nuevo con la ayuda de dos investigaciones recientes. Una, de Vicente Sastre (1), en la que hay un obligado capítulo dedicado al "ocio y trabajo" (el *otium* y el *negotium* sobre los que hablaba aquí mismo Estruch, al proponer el introducir el diccionario en el método). Y otra investigación, traducida al castellano en 1983 por la Editorial Mapfre en una nueva y luego frustrada colección (2), y que, dedicada al estudio comparado de los valores, había publicado en 1982, el *European Value System Study Group* (3), bajo la dirección de Jean Stoetzel. En esta segunda investigación tampoco podría faltar un obligado capítulo dedicado a "los valores y el trabajo".

De una y otra de estas dos investigaciones citadas sólo a manera de ejemplo, sale un perfil del trabajo que da contenido analítico a la constatación de un proceso de cambio en la naturaleza social del trabajo: el paso del trabajo como algo sustantivo, en sí, al trabajo como adjetivo de otra cosa, como algo de naturaleza instrumental.

a) La investigación de Vicente Sastre pone en evidencia, en primer lugar, que el originario valor weberiano de "humanización del trabajo" (pregunta central del estudio de Sastre) viene ya constituido, tal como es percibido en las respuestas, por muchos otros componentes ya instrumentales, incardinados en el propio concepto de trabajo (prestigio, status, dinero, poder...).

Es éste un primer desplazamiento semántico de la palabra trabajo, puesto en evidencia, hace ya bastante tiempo, por José L. López Aranguren cuando resaltaba, con el estilo provocador que siempre ha sido el suyo, que la alta valoración hoy percibible del trabajo (desde que, con la crisis del 73, el paro comienza a ser un problema, y el trabajo un

(1) "La cultura del ocio: implicaciones sociales y eclesiales del fin de semana" (Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, Madrid, 1984).

(2) "¿Qué pensamos los europeos?": encuesta sobre los valores morales, sociales, políticos, educativos y religiosos, en Alemania Federal, Bélgica, Dinamarca, España, Francia, Gran Bretaña, Holanda, Irlanda e Italia".

(3) "Les valeurs du temps présent: L'Europe au Carrefour".

Del trabajo como vocación al trabajo como elemento...

bien escaso al que las teorías económicas marginalistas darían un alto valor de cambio) no sería un valor del "trabajo", sino del "puesto de trabajo". Los que se ocupan de teoría de la organización saben mucho de esto, y podría decirse que lo sabían "avant la lettre".

Y en segundo lugar, el desplazamiento semántico del trabajo se hace aún más claro en la investigación citada, en la medida en que su "valor humanizador", objeto central de la pregunta, aparece reveladoramente adjetivado en las respuestas: con signo positivo (más sustantivo, más humanizador) en el creyente, el viejo, la mujer y el de estudios medios, mientras el desplazamiento hacia el signo negativo (más instrumental, menos humanizador) se produce en correlación con el increyente, el joven, el hombre y el de estudios universitarios. (Esta última correlación, humanización-nivel de estudios, es menos clara si se comparan todos los niveles, pero creo que es suficientemente significativo el contraste estudios medios-estudios universitarios, si lo que se busca es el contraste entre el perfil "tradicional" del trabajo y el perfil nuevo, en términos de tiempo (4).

b) La otra investigación a que me he referido, la dirigida por Stoetzel, también confirma este desplazamiento semántico del trabajo para el universo europeo, en la medida en que, ahora y con palabras del texto citado, "el salario es lo que siempre se considera como lo más importante en un empleo" (pág. 168).

Desplazamiento semántico primario (el trabajo como puro soporte del salario, como mero instrumento), que se confirma y reconfigura con complejos índices en función de opciones o valores políticos y religiosos. "Así, de izquierda a derecha, y desde los no religiosos a los religiosos, los índices característicos aumentan en lo que se refiere a la satisfacción al reemprender el trabajo el lunes, al orgullo del oficio que se ejerce, al sentimiento de libertad en las opciones técnicas, a la satisfacción profesional y, simultáneamente, se ve decrecer el sentimiento de ser explotado" (pág. 173). Algo que se confirma —y matiza— con otro índice inverso y que lógicamente "varía en sentido inverso" (pág. 173). El estudio al que aludo lo llama "índice de insubordinación". "La encuesta muestra claramente que la contestación a la autoridad aumenta con la irreligión y con las posiciones desde la derecha a la izquierda" (pág. 175).

(4) Un estudio aún en proceso de elaboración de Adolf Vilanova sobre la industria mediana de la zona del Vallés Occidental confirmaría estos cambios de perfil a los que me refiero. Curiosamente sale una significativa correlación entre fracaso de empresas tradicionales y pérdida de la práctica católica. Seguramente la teoría psicológica de la *Gestalt* explicaría el fenómeno. Pero no sin introducir previamente en ella este tema del cambio de sentido del trabajo, como elemento esencial de las contradicciones ocultas que desvela la ruptura de la *Gestalt*.

Antonio Marzal Fuentes

No quiero concluir esta referencia sin añadir una pequeña observación, llevado por mi propia y curiosa extrañeza intelectual ante algunos datos de ese estudio (y también, quizás, porque ayuda a cuestionar el fondo del talante analizado por Weber, donde tanto cuenta el componente racional científica). Frente al fenómeno de los cambios tecnológicos, que hoy se predicen como el orgullo del trabajo moderno, los europeos del estudio de Stoetzel son más pesimistas de lo que suele pensarse. Frente a la ciencia, el 33% piensa que aporta "a la vez cosas buenas y malas". Un 20% "la considera nefasta", y un 15% estima que "sería malo impulsar el desarrollo de la tecnología" (pág. 173). La instrumentalidad del trabajo, tal como hoy es percibido, también desde este lado (bien weberiano), queda patente. El mito creador del trabajo subyacente en la ética protestante y en la teoría del valor de cambio de la escuela clásica inglesa, de un Ricardo por ejemplo, queda reducido a puro instrumento de cambio inmediato, a valor de uso, para los valores del consumo instalado.

3) Finalmente, no puedo acabar esta primera parte, sin dedicar un último apartado a la explicación de lo relativamente tardía que es, en la cultura europea y en la española, la percepción de ese cambio. Explicación que yo encuentro en el fenómeno siguiente. Si en el primer apartado sobre el sentido del cambio hablé de una desmitificación, de una desacralización del trabajo weberiano, ahora tengo que apuntar que ésta se hizo difícil, más difícil, en todo caso, de lo que a primera vista podría parecer, gracias a un proceso de remitificación y resacralización inconscientes de lo que Weber significa a través de Marx, por paradójico que parezca.

La atención obsesiva al marxismo ("los tiempos de la obsesión" en terminología de Bartoli) de la cultura europea del amplio período de esplendor económico de la 2ª postguerra, obsesión que se repite y amplifica en la cultura española de los sesenta y los setenta, por motivos al tiempo similares y diferentes de los europeos, ha contribuido probablemente (y, en mi tesis, paradójicamente, es decir, en contra de lo que era posible esperar de sus intenciones y pretensiones conscientes) a fijar el modelo weberiano, a remitificarlo, a resacralizarlo en un nuevo contexto, en lugar de permitirnos dedicar nuestras energías a analizar su cambio.

Este proceso, cultural pero biográfico, tiene su lógica. Atraída por (y distraída con) el cambio prometido por el marxismo, la cultura dominante europea (y su caricatura española antifranquista) dejó de analizar los cambios reales que se estaban dando ante sus narices, y que difícilmente podían expresarse en los registros marxianos clásicos. Y así, lo que sucedió, es que se partió de un supuesto amplia e implícitamente aceptado: que la esencia del sistema productivo traído por la industrialización duraría indefinidamente, y que su único cambio posible (además del único cambio deseable) sería el del paso de su actual forma capitalista a su forma pre-

Del trabajo como vocación al trabajo como elemento...

visible socialista. La fe, bien marxista, de una teología de la sociedad jugaba, en este modo de razonar europeo, el papel de lo que para la geometría euclídea significa el postulado de que la suma de los ángulos de un triángulo valen dos rectos: su condición de posibilidad lógica. Aceptado este postulado, toda la geometría euclídea es lógica. Aceptado el postulado de la teología marxista de la sociedad, toda la teoría del cambio marxista era pura lógica, más aún, la única lógica pensable.

Me reduzco a dos apuntes, para confirmar esto que digo. Primero, la visión, en el Marx menos conocido y más moderno, de la figura clave del empresario como la figura clave del sistema, como el "director de orquesta" en el sistema productivo moderno, con expresión literal suya (5). Para Marx, lo que se va a dar históricamente, (lo que se está dando ya, con respecto a los perfiles sociales de la figura del empresario, decía Marx) es una gradual e históricamente necesaria purificación de esta figura con respecto a la propiedad del capital (la del *Geldkapitalist* primero, sólo propietario, y, luego, la del *fungierender Kapitalist*, después, propietario y empresario al tiempo) para llegar a la figura ideal, de futuro, la del puro *manager* (en la palabra inglesa que él utiliza) o (en alemán) *Dirigent*. Esa figura, hoy ya clave, apuntaba Marx, por ser "el alma del sistema industrial" (como decía ya el sr. Ure, con el que Marx se muestra de acuerdo), será la clave final del sistema, una vez que el industrial capitalista sólo sea ya industrial, abandonando su histórica y arcaica condición de capitalista. Pienso que no se ha prestado suficiente atención a todo lo que de reescritura del sistema, que luego analizará Weber, conlleva ese modo marxiano a describir al empresario. Sólo por eso, se podría decir prospectivamente que los últimos weberianos, serán los marxistas (como yo he apuntado, más de una vez, que los últimos marxistas serán los cristianos).

Segundo apunte confirmativo. Dentro de la repugnancia de Marx y de Engels a describir con trazos concretos el futuro, para no caer en el detestado pecado de los utópicos, es significativo que lo único que se les escapa de esa impuesta continencia suya es el hecho (¿o el deseo?) de que, en la etapa del comunismo maduro y definitivo, lo que emergerá será la pura administración lógica de las cosas. Acabadas todas las contradicciones sociales por la desaparición del modo de propiedad que estaba en la raíz de aquéllas, emergerá natural, espontánea, la lógica de las cosas inscrita en la naturaleza y en la historia definitiva, hasta ahora, sólo impedida por la condición histórica ("preshistórica" dirá alguna vez Marx) del capitalismo. Pero el mundo de valores del trabajo de esa historia final es

(5) *Das Kapital* III, 1,2,3. Un análisis, en este sentido, de ese capítulo puede encontrarse en A. Marzal, *Empresa y Democracia Económica*, Barcelona, Argot, 2 edición, 1983.

Antonio Marzal Fuentes

el mismo (purificado previamente en el sentido apuntado) del de la sociedad industrial capitalista, el que estaba ya allí, aunque fuera de una manera oculta y —hegeliana o marxianamente— embrionaria.

En efecto, la exaltación del “trabajo libre y el libre goce” del joven Marx de los Manuscritos de París (6) (“la relación afectiva del hombre con la tierra de una manera racional y no mediana por la servidumbre de la gleba, la dominación y una estúpida mística de la propiedad”, hasta llegar “a una verdadera y personal propiedad del hombre” como su final es natural), es un registro esencial del cambio presentado por Marx, que ciertamente no ayuda a desacralizar el “trabajo” del (que luego será) análisis weberiano, sino, todo lo contrario, a resacralizarlo y a remitificarlo casi devolviéndolo a sus últimas raíces “religiosas”, las que —paradójicamente— Weber esperó primero a que se secaran, para poder establecer su conexión histórica causal entre ética protestante y talante capitalista.

Sin duda se me podrá objetar que hay, en esta lectura de Marx que hago más que Rubel que de Althusser. Pero yo creo, primero, que Rubel interpreta a Marx mejor que Althusser. Y que, en segundo lugar, —en todo caso, y al margen de esta disputa concreta y técnica— la lectura, por parte de Rubel, de Marx, no como economista (que sólo lo sería de segunda mano, “d’occasion”) sino como fundador de una ética, es difícilmente discutible desde la perspectiva concreta para la que he traído yo aquí a Marx a esta discusión.

Personalmente, yo pienso que en los análisis y en la reconstrucción de la cultura del trabajo que trajo la sociedad industrial capitalista, Marx juega un papel similar al que Tomás de Aquino jugó en la reescritura de Aristóteles para escribir su “Summa Theologica” (los anarquistas sólo serían, en esta reescritura cultural, Juan de la Cruz y los místicos). Si Weber viene a decir que sólo cuando se corta el cordón umbilical, que une las ideas del puritanismo protestante a su matriz religiosa, es cuando nace la moral laica, autónoma que da lugar al capitalismo, Marx vuelve a cerrar el círculo abierto y a devolver la ética del trabajo, purificada ya del pecado original del capitalismo, a su primitiva esencia teológica, religiosa, ahora en sentido marxista.

Ahora bien, desde esta perspectiva marxiana que dominó, sino toda, sí una gran parte de la cultura europea de la larga etapa de la 2ª postguerra, era imposible ver los cambios que estaban dándose ante nuestros ojos. Esa especie de dogmática teológica lo impedía. Es decir, impedía ver que los cambios que se darían —que se estaban dando ya— no serían los previstos por Marx, sino otros. Más subjetivos (en función del sujeto eco-

(6) Toda la discusión con Hegel sobre el trabajo abstracto (alienante) y el “concreto” en esta misma línea, termina confirmando lo que sugiero en el texto.

Del trabajo como vocación al trabajo como elemento...

nómico) que objetivos (en función de la estructura económica); más actitudinales (en función de cambios percibibles de actitudes y comportamientos) que sistémicos (en función de ocultas leyes de un misterioso sistema); más empíricos y reales (percibibles como simples hechos) que diagnósticos y redentores (con más que implícita terapéutica religiosa, soteoriológicamente transformadora del mundo). Para percibir esos cambios, el marxismo, como teología laica de la sociedad, era un mal instrumento. Y mucho peor aún, para rediseñarlos a pesar de las tesis de Marx sobre Feuerbach. De ahí la tardanza que hemos padecido ante este problema. Una tardanza que me parece sintomática, o, al menos, significativa, para mejor comprender el significado y el sentido de la constatación que ha constituido esta primera parte de mi ensayo. De ahí la necesidad de un cambio de método, para poder fijar las sugerencias con que construyo la hipótesis que constituye la segunda parte de mi ensayo.

3. Parte II: El trabajo como elemento de estructura

3.1. Punto de partida: un nuevo método

Un mejor método para comprender el desplazamiento semántico del trabajo a que se refería la constatación analizada (y que la vigencia del marxismo como teología "redisfrazaba" para nosotros, "velaba más que desvelaba", si se me permite esta broma marxista algo clínica), es el método que se desarrolla en un ya viejo libro de Riesman, "The lonely crowd", escrito durante los años 1948 y 1949, (7), con frases posteriores publicadas en 1952 ("Faces in the crowd"). Es mejor como método para comprender, tal como sugería antes, lo que estaba pasando ya hace tiempo, y sin olerlo nosotros, ante nuestras propias narices. Y a su lectura me remito para el interesado en todo ello.

A los fines de mi análisis, y resumiendo brevemente lo que yo voy a utilizar como punto de partida de mi hipótesis, Riesman viene a decir, desde esta otra teoría suya del cambio, que la sociedad (las sociedades occidentales) ha(n) pasado por tres decisivas fases en estrecha correlación con variables demográficas. Estas serían: 1) la sociedad de alto potencial de crecimiento demográfico, y cuya conformidad social está asegurada por su tendencia a seguir la tradición (sus individuos están "dirigidos por la tradición, y la sociedad en que viven es una sociedad dependiente de la dirección tradicional"), 2) la sociedad de crecimiento demográfico transicional, cuya conformidad está asegurada por su tendencia a adquirir, des-

(7) Riesman y otros. La muchedumbre solitaria. Buenos Aires, Paidós, 3 edición, 1971. El título original inglés es: "The lonely crowd: a study of changing american character", y fue publicado por la Yale University Press.

Antonio Marzal Fuentes

de el comienzo de la vida, un conjunto de metas internalizadas (sus individuos están "dirigidos desde dentro y la sociedad en que viven es una sociedad dependiente de la dirección interna"), y 3) la sociedad de declive demográfico incipiente y cuya conformidad está asegurada por su tendencia a ser sensibles a las expectativas y preferencias de los otros (sus individuos están "dirigidos por los otros, y la sociedad en que viven es una sociedad dependiente de los otros") (8).

Es decir, el cambio social, constatable en términos empíricos, y funcional en términos operativos, es el del paso: 1) de una sociedad tradicional (dirigida por la tradición y el clan, hasta el Renacimiento) a una sociedad industrial (Renacimiento, Reforma, Contrarreforma, Revolución industrial y las revoluciones políticas de los siglos XVII, XVIII y XIX), es decir, a la sociedad que Weber analiza (la de la ética protestante y su interiorización metódica de los valores) y a la que Riesman llama en inglés "inner directed", (es decir, dirigida por valores interiorizados; obsérvese la similitud de esa terminología con las expresiones de Weber). Y 2) de esta sociedad (digamos weberiana) a otra sociedad, la actual, que Riesman califica de "outer directed".

No es preciso explicar el significado de la sociedad "inner directed", muy similar a la interiorización metódica weberiana. Sí habría que explicar, en cambio, un poco el significado de la sociedad "outer directed", en la medida de que podría confundirse con la tradicional. Ambas aparentemente podrían coincidir en estar dirigidas desde fuera. Pero mientras la tradicional lo está por "los otros" jerarquizados, por el clan, el grupo del que se vive y en el que se vive (como grupo concreto en la interioridad no individual, más grupal en todo caso que individual, del clan), la sociedad que Riesman llama "outer directed" está dirigida; 1) primero, no por un grupo pequeño y concreto, sino por el vasto mundo entero, donde el sujeto director no es nunca totalmente concretable, sino siempre infinitamente cambiante y sólo expresable en el "se" castellano (es decir, en el "se piensa", "se valora", "se quiere..."), y 2) en segundo lugar, no por los "otros" jerárquicos, sino por los pares (el grupo de los asociados por edad y clase, por los *massmedia*... los pares anónimos de los que se toman los paradigmas y pautas de conducta y prestigio). "Lo que es común a todos los individuos dirigidos por los otros (*outer directed*) es que sus contemporáneos constituyen la fuente de dirección para el individuo, sea los que conoce o aquéllos con los que tiene una relación indirecta y de medios de comunicación de masas" (9). La fuente es "internalizada", pero las metas varían, y son exteriores, lo único permanente es el proceso de tender a, de prestar atención a las señales procedentes de

(8) o.c. págs. 21-22.

(9) o.c. pág. 37.

Del trabajo como vocación al trabajo como elemento...

los otros (10). Todo lo que siempre habíamos llamado sociedad de consumo está en la descripción de Riesman: "psicología de abundancia", de desarrollo, de superávit de productos, de consumo de bienes culturales (de capital escaso y trabajo intensivo) como bienes simbólicos, de consumo de bienes de prestigio en términos de aprobación por los otros, de externalidad individual en suma, es decir de individualismo (contra la sociedad tradicional) pero interiorizado gracias a criterios externos (contra la sociedad weberiana). ¿Qué puede significar el trabajo en una sociedad como ésta?

3.2. Punto de arranque: una nueva hipótesis

Respondiendo a la pregunta anterior, "el trabajo en una sociedad como ésta" no puede significar nada, si por significado se entiende algo que tenga que ver con el sentido de una cosa en sí, con el "lenguaje del sentido", en la terminología de Merleau-Ponty, frente a lo que él llama "el lenguaje de ingenieros". Ahora bien, en la medida en que la sociedad de abundancia sigue necesitando del proceso productivo, y en la medida en que éste siga necesitando de —y hasta ahora consistiendo en— trabajo para "el que ya no se vive, pero sí del que se vive", lo que realmente se ha dado es un amplio desplazamiento semántico de la palabra "trabajo", una transformación del trabajo como algo en sí, como vocación (*inner directed*), en algo que sólo es instrumentalidad, función dirigida a otros fines (*outer directed*), pero, que, en principio es una función operacional, explicable en términos del "lenguaje de ingenieros". Por ello, la pregunta anterior es posible replantearla en otros términos: ¿cómo se consigue hoy hacer "funcionable" o "funcional" la función-trabajo previamente desacralizada por la opinión externa, e internalizada así como meta instrumental, por paradójico que parezca? La respuesta (o respuestas) a esa pregunta ayudaría(n) a descubrir las posibles respuestas que irían al fondo del objeto de la ponencia que se me ha asignado.

1) Para descubrir el significado, si no el sentido de esa(s) eventual(es) respuesta(s) puede ser útil el análisis comparado de las respuestas de todos conocidas, que dieron, al tema de la empresa moderna Schumpeter

(10) Para la diferencia entre sociedad *inner directed* y *outer directed* es expresivo este párrafo: "La dirección desde adentro es el carácter típico de "la vieja" clase media: el banquero, el comerciante, el pequeño empresario, el ingeniero de orientación técnica, etc.; mientras que la dirección por los otros se está convirtiendo en el carácter típico de la "nueva" clase media: el burócrata, el empleado de empresas, etc." (págs. 35-36). En esta descripción hay muchos registros que suenan a Burham, a Schumpeter, a Chandler... Algunos de esos registros los volveré a tomar en la formulación de mi hipótesis.

Antonio Marzal Fuentes

(11) y Chandler (12) (y siempre con el fondo de análisis ya apuntado del Marx del III volumen del Capital, abandonado luego por la tradición "ortodoxa" del marxismo que se impuso en los hechos) (13).

Schumpeter, en una obra ya clásica de prospectiva económica, y que puede calificarse de "crepuscular" (porque pinta doloridamente un crepúsculo), anunció el final del capitalismo (con registros "avant la lettre", de Marcuse) y la venida inevitable del socialismo. El libro concluye —todo el mundo lo recuerda— con la pregunta de si el socialismo puede ser democrático.

El que la prospectiva de Schumpeter haya o no acertado en el fondo y en los detalles (él sería el primero en alegrarse de no acertar) tiene escaso interés como tema. El interés de Schumpeter reside en el planteamiento conceptual de su tesis. Muere el capitalismo (contrariamente al análisis de Marx, no por sus fracasos, sino por sus propios éxitos) y viene el socialismo, en el que Schumpeter ve no un cambio de sujetos, sino un cambio de lógica (la lógica de los sujetos sustituida por la lógica de las cosas). Acaba una etapa (la del análisis weberiano, fundada sobre la persona y la ética) y viene otra etapa (la que luego analizará Riesman, fundada sobre la lógica automática de las decisiones). Muere el "antiguo empresario" comparado al "antiguo general" (Napoleón, por ejemplo), en el que lo que cuenta son las cualidades personales de valor, coraje, decisión, atracción, confianza, "energía contagiosa"..., (la "vieja" clase media de Riesman), y nace el "nuevo empresario", comparado al "nuevo general", en el que ya no cuenta la personalidad "a punto de ser borrada", sino la lógica y los medios, la organización en suma (la "nueva" clase media de Riesman): el nuevo empresario, concluirá Schumpeter, será "un empleado de oficina como los demás, un empleado no siempre difícil de sustituir" (14).

El sentido de desplazamiento schumpeteriano del perfil del empresario es difícil de negar, detalles por el momento aparte, y al margen también del acierto de sus tesis concretas. Chandler —discípulo de Schumpeter en sus tiempos jóvenes— rehizo, a su modo, esa construcción, pero no desde una perspectiva de prospectiva, sino desde una perspectiva rigurosa y empíricamente histórica. Para Chandler el cambio —que él sitúa para los EE.UU de América, en la segunda mitad del XIX— se hizo por una sustitución de la "mano invisible" smithiana por la "mano invisible" del nuevo empresario que construyó la estructura industrial de América. El cam-

(11) Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*. En el texto citaré la traducción francesa de Payot (Paris, 1977) que es la que tengo a mano.

(12) Chandler, *The visible hand: The managerial revolution in american business*, Cambridge, Mass. Belknap Press. 1977.

(13) Cf. supra, nota 5.

(14) Joseph A. Schumpeter, op. cit., pág. 188.

Del trabajo como vocación al trabajo como elemento...

bio se produjo, viene a decir Chandler, cuando un grupo de *managers* comprendieron ante las nuevas circunstancias (la del ferrocarril y el telégrafo, por ejemplo, que necesitaban del continente entero como unidad de mercado), que ellos podían organizar conscientemente el mercado mejor, es decir, más productiva y eficazmente, que lo aseguraba la mera división del mercado, inconscientemente organizada, "por la mano invisible" de Smith como expresión iconográfica de aquél. En ese momento, había nacido la empresa actual, es decir, la empresa moderna, la "managerial corporation" en la terminología de Chandler (frente a la "family corporation" europea), la empresa organizada conscientemente por un grupo profesional de *managers*, al margen de propietarios y trabajadores, reducidos a puros comparsas en la nueva escena (15).

Ya apunté más arriba que este tipo de análisis (el de Schumpeter y el de Chandler) había sido de algún modo anticipado por Marx en su exaltación (nunca igualada por la literatura "capitalista" posterior) de la figura del *manager* o del *dirigent*, conceptualmente pensado como "el director de orquesta", e históricamente analizado como la figura permanente que pervivirá en el socialismo, y que prefigura ya, en las condiciones de hoy, el futuro de los nuevos tiempos (16).

Pero la diferencia de estas tres aproximaciones aparentemente tan iguales, es importante para los fines de este análisis mío. Marx sería estrictamente weberiano. El *manager* marxiano es la perfección suprema de la moral weberiana, bautizada de su pecado original capitalista. El nuevo empresario schumpeteriano, en cambio, es el antiparadigma weberiano. Supone la muerte llorada de Weber, es decir, de lo que significa Weber. Por eso es, simplemente, la figura inevitable, aunque deplorada, de la ineludible evolución del sistema, el *manager* de Chandler es dos cosas complementarias al tiempo. Por un lado, la consecuencia de los nuevos hechos, que se revelan en el desplazamiento semántico del mercado. Y, por otro, una mejor posibilidad de vida del sistema industrial o productivo, que sigue siendo necesario en el conjunto de valores de la sociedad industrial definida por el marco riesmaniano de la sociedad "outer directed".

(15) Los análisis, en el 31, de Berle y Means sobre la "Private Property and Modern Corporation", (incluido su luego suprimido epílogo, en la edición de los 60, sobre una oscura amenaza tecnocrática de futuro) ya iban por ahí. Y por ahí también fue la "managerial revolution" de Burham, contemporánea al libro citado de Schumpeter. Como por ahí va a ir igualmente el libro de Galbraith, a principios de los 60, "The New Industrial State", con su primacía del *Planning System* frente al *Market System*, como herramienta de trabajo y de análisis de los nuevos hechos.

(16) "El capitalista, como funcionario de la producción, se ha hecho tan superfluo, como, desde su mayor formación, encuentra el mismo capitalista superfluo al terrateniente". Karl Marx, *Das Kapital*, III, 1.^ª, 23. En la edición de la Ullsteim (Ullsteinbuch, n^º 2807), en la pág. 365 del III tomo.

Antonio Marzal Fuentes

2) Ello desplaza el tema de la sociedad industrial del plano moral y personalizado de los fuertes perfiles de Weber, al plano simplemente eficaz y anónimo de la organización moderna. Lo que contará en adelante no son los sujetos (perfil ético, por eso Marx seguirá siendo siempre ético) sino los resultados (la eficacia anónima necesaria para la instrumentalidad anónima del consumo). Por eso, los resultados ya no serán la expresión visible de una aprobación invisible (de una bendición de Dios, de una anticipación de salvación como en Calvino, de una interior satisfacción de sí mismo en términos ya laicos), sino sólo la expresión de una nueva eficacia necesaria ("la psicología de abundancia" de Riesman) para los valores de "externalidad instrumental" de la sociedad de consumo dirigida por los pares y los *mass-media*.

Para que ese esquema social funcione, se necesitan, siguiendo el camino metódico de Riesman, dos modos definidores del carácter de la sociedad, el modo de creatividad y el modo de conformidad (17).

Apuntar uno y otro de esos modos en una sociedad en la que el trabajo ya no es "una vocación", "una cosa en sí", sino sólo un puro instrumento, nos podría ofrecer, si no respuestas, sí al menos, pistas de reflexión sobre el sentido del trabajo como "elemento de estructura", de una estructura puramente organizacional, eficaz y anónima.

Ahora bien, esos modos (el de creatividad y el de conformidad) y esos modos unidos (porque, en la organización moderna, el modo de creatividad es una dimensión importante y particularizada del modo de conformidad) podrían, a mi juicio, ser analizados, enfocando el problema desde dos ángulos particularmente conformes con el trabajo como externalidad, como pura instrumentalidad, como elemento anónimo, sin significado en sí, de la estructura social instrumental de la abundancia, que psicológicamente parecemos necesitar, en cuanto valor que nos viene dado desde fuera (*outer directed*).

El primero de esos ángulos de enfoque es el tema que, recordando los análisis de Djilas, yo calificaría de la "nueva clase". Porque no es totalmente verdad que la sociedad "outer directed" de Riesman sea una sociedad aje-rárquica. También es jerárquica de un modo claro aunque indirecto, en la medida en que es una sociedad generada directamente por los pares, pero dirigida indirectamente por los *mass-media* que conforman las pautas de comportamiento y prestigio transmitidos por los pares, que previamente han

(17) Estrictamente hablando, en el estudio de Riesman y para la definición del carácter social "como vínculo entre carácter y sociedad", lo único necesario es el modo de conformidad. "Mientras que las sociedades y los individuos pueden vivir bastante bien, aunque con cierto aburrimiento, sin creatividad, no es probable que puedan vivir sin algún modo de conformidad, aunque sea el de la rebelión" (o.c. pág. 18). Pero si se trata no de cualquier sociedad, sino de la sociedad de consumo, la de "la psicología de la abundancia", el modo de creatividad es tan importante como el de conformidad.

Del trabajo como vocación al trabajo como elemento...

internalizado los mensajes de los *mass-media*. De ahí el concepto de "nueva clase". Nuestras propias experiencias políticas, dominadas más por el liderazgo (emotivo) que por la propuesta (racional), irían en ese sentido. Por eso yo propongo aquí —en todo caso, éste es el sentido de mi hipótesis como propuesta— extender el análisis de Djilas, que iba dirigido a una sociedad concreta con unos mecanismos concretos, a la "nueva clase de la anónima sociedad actual dirigida desde fuera (*outer directed*, de Riesman).

Para el segundo ángulo de enfoque, yo propongo la utilización del concepto de autoridad de Weber, como presupuesto conceptual previo. Me explico. El planteamiento, estrictamente positivo sobre la autoridad, del análisis de Weber ha desbancado definitivamente, pienso, cualquier teología o metafísica de la autoridad, como instrumentos de comprensión de ésta. El análisis (teológico) de la autoridad como proveniente de Dios, o el metafísico (laicamente teológico) de la autoridad como proveniente del pueblo, podrán ser sin duda útiles para un concepto teológico o metafísico de la autoridad, en la medida en que necesitemos de éstos. Pero son escasa o nulamente útiles para comprender el funcionamiento positivo de la autoridad en los hechos. Desde esta otra perspectiva de funcionamiento, sólo es útil el Weber que piensa que la autoridad es "un grado (alto) de probabilidad de ser obedecido". Ahora bien, ese concepto asumido como supuesto previo, nos lleva al concepto bien funcional de "la mutua aceptación" entre sí de los elementos de la estructura social, al "modo de conformidad" en terminología de Riesman.

Para la modalización de esa mutua aceptación weberiana (que, en parte, coincide con "el modo de conformidad" de Riesman) yo me remito a análisis míos de estudios comparados de conflictividad, que siempre me han interesado (18), y que me parece que pueden establecerse ciertas correlaciones empíricas significativas entre tasas de conflictividad y tasas negativas de eficacia y conformidad sociales, con la ayuda de variables culturales e institucionales destacadas en estudios empíricos relativamente recientes (19), y entendidas éstas como sistemas de percepción y representación, y como correlativas pautas interiorizadas de conducta con las que se funciona y que se corresponden con aquéllas.

3.3. Punto de llegada: la construcción de mi hipótesis

A partir de estos conceptos y presupuestos, y para concluir ya, aunque sea en términos más interrogativos (pistas de reflexión) que afirmativos

(18) Antonio Marzal, Notas para una aproximación "sintomática" a la empresa. En: Relaciones Laborales 1986-II págs. 11-26 y ss. Y Antonio Marzal, Notas adicionales al análisis comparado de la conflictividad. En: Relaciones Laborales 1987-I págs. 71 y ss.

(19) Duncan Gallie, *Automatisation et légitimité de l'entreprise capitaliste*. En: "Sociologie du Travail", nº 3 (1977), págs. 221-242.

Antonio Marzal Fuentes

(conclusiones), creo que ya es posible diseñar más concretamente, construir conceptualmente mi hipótesis de trabajo, para su ensamblaje (y su eventual discusión) con el conjunto variado de las aportaciones de las otras ponencias.

Lo esencial de mi hipótesis podría resumirse en los puntos siguientes:

1) En términos subjetivos (éticos, interiorizados) el trabajo ya no es el trabajo-evocación de Weber. Cualquier intento de reconstrucción social a partir de la vuelta pura y simple a este valor de la interiorización del trabajo estaría probablemente condenado al fracaso. Tanto más condenado cuanto que al perder el trabajo su significado de vocación, su vigencia social en términos de sentido, éste, entendido así, ya no puede actuar como "modo de conformidad" social (en los términos de Riesman), como sí actuó, y fue, en la primera sociedad industrial dominada por la ética weberiana.

Pero todo ello no quiere decir que desaparezca la función-trabajo. Simplemente, quiere decir que se ha transformado isomórficamente en el sentido apuntado en la introducción. Es decir, conservando el trabajo su misma composición, digamos química, elemental, revelaría, funcionalmente, constantes fisicosociales absolutamente diferentes, por el hecho de ser resituado en otra estructura social, en otro sistema. De estructura en sí, analizable en sí misma en términos vocacionales de sentido, pasaría a "elemento de estructura", de otra estructura, la del nuevo sistema social de la sociedad de consumo, cuyo nuevo "modo de conformidad" es coextenso con el "modo de creatividad" (Riesman) requerido por los valores externos, utilitarios de "la psicología de la abundancia" (Riesman) necesaria para la sociedad de consumo.

Explicado de otra forma, el trabajo es tan necesario como antes, pero su función —la razón por la que es necesario— es exclusivamente la de medio o instrumento. Medio/instrumento en un nuevo sistema de producción definido en términos teleológicos por la abundancia, y gracias al cual, y mediante el cual, cada individuo, redefinido por Riesman como "outer directed", tendría acceso a esa abundancia pretendida y producida. Lo que sitúa a la organización de la producción, y no al trabajo en sí, en el corazón del sistema.

2) Ahora bien, ese "corazón de un sistema" que exige endógenamente unos altos grados —los más altos grados pensables— de eficiencia, (pues de ellos toma exógenamente su legitimación última, como en ellos se apoya su nuevo "modo de conformidad") nos lleva a una reconfiguración, acorde con estos términos, de la función misma de la organización de la producción de bienes y servicios (de "la dirección de la orquesta" en

Del trabajo como vocación al trabajo como elemento...

la terminología managerial de Marx), que es la que genera y sustenta la nueva estructura, de la que el trabajo (previamente vaciado de sentido en sí, reconfigurado como mero instrumento utilitario del espacio de vida que no es trabajo) deviene elemento, y sólo elemento. Elemento de una estructura que otros crean. Otros con otra cultura, distinta de la moral weberiana de las convicciones, que penetró por dentro todo el fenómeno de aparición y consolidación de la sociedad industrial primera.

Para mí, el acierto del análisis de Riesman (sobre el que me he extendido en el apartado anterior) consiste en haber desplazado "el sentido del cambio del sistema" de un planteamiento predominantemente ideológico (marxista, es decir, basado sobre las expectativas creadas por el marxismo) a un planteamiento predominantemente empírico, basado sobre lo que los anglosajones llamarían evidencias. Y en ese cambio de planteamiento, la figura protagonista, por las necesidades mismas del sistema, es la del *manager*, pensado como el responsable del funcionamiento de la nueva estructura, de la que el trabajo sólo es un elemento ni vocacional, ni consciente.

Se podría decir seguramente que el cambio no es tan antiweberiano como he sugerido. Que, en términos weberianos, sería sólo un paso de "la moral de las convicciones" a "la moral de las responsabilidades". Pero también podría decirse que lo que en Weber es una forma eventual, interina, del propio sistema, aquí sería un cambio esencial de cultura y, por ello, de sistema.

Sea de ello lo que fuere, pienso que esa nueva figura del *manager* moderno, perfilada (o, si se prefiere, reperfilada) por una nueva cultura acorde con el nuevo sistema (eficiencia y consumo, eficiencia para el consumo, "modo de creatividad" como "modo de conformidad"), podría visibilizarse, mejor que en "la moral de la responsabilidad" weberiana, en la figura del "yuppy" moderno.

Las figuras decisivas en la reconfiguración del trabajo, tal como hoy se perfila en el nuevo sistema, serían los "yuppies". Esa clase de jóvenes (amorales, sin consistencia histórica vocacional) urbanos (moralmente anónimos) y profesionales (legitimados sólo por su capacidad de realizar, de conseguir, al margen de la moral del proyecto), que son los que hacen del trabajo su razón de ser, en la medida en que éste, si es exitoso, les produce (en este orden) poder, prestigio y dinero. El signo de la bendición de la sociedad, "outer directed" que los aprueba (bendice), porque son los que le posibilitan la realización de su propio trabajo como instrumento para otra cosa, dinero y prestigio social, en este orden y con el expresivo silencio del poder, que abandonan a los *yuppies*, convertidos ahora (en una significativa reconversión de las bendiciones) en sus dioses y su providencia. Dicho en términos menos metafóricos, los modernos *yuppies*,

Antonio Marzal Fuentes

como expresión de los nuevos *managers*, son "la condición de posibilidad" del sistema (20). Por eso se les acepta.

3) Lo cual me lleva al tercero y último punto de la construcción conceptual de mi hipótesis. El "modo de conformidad" esencial del nuevo sistema del trabajo predominantemente se agota en el "nuevo modo de creatividad" (los *yuppies*) del sistema. De algún modo, lo que está pasando es una especie de nuevo contrato social por el que los unos (los del trabajo estandarizado) renuncian a entrar en los hilos conductores (el poder) del sistema productivo, cediéndoselo a los otros (los *yuppies*), a cambio de que éstos les aseguren el nuevo sentido puramente instrumental del trabajo de ellos, como modo de apropiación individual del consumo, consentido éste en la expresión del bienestar y prestigio sociales según las pautas de conducta definidas por la sociedad "outer directed".

Si el fenómeno real es éste que sugiero (y que sugiero, no se olvide, en términos sólo de construcción conceptual de mi hipótesis), los cambios en la cultura del trabajo son más hondos de lo que pudieran parecer a primera vista. Está, por un lado, la falta de significación (de sentido en sí) del trabajo, (del trabajo weberiano de los creadores de la sociedad capitalista). Pero está, por otro lado, la aparición de "una nueva clase" (en la terminología de Djilas, al que me referí en el apartado anterior) que es más que la nueva moderna clase "managerial" de los análisis, en los primeros años 30, de Berle y Means (21), es la clase modernísima de los *yuppies*. Y está, finalmente, el nuevo "modo de conformidad" necesario para la ser los portadores del nuevo "modo de creatividad" necesario para la vigencia de los valores (externos, utilitarios) y correspondientes pautas de conducta de la sociedad "outer directed" en el sentido explicado de Riesman.

Este nuevo "modo de conformidad" es analizable empíricamente desde ángulos significativos de mutua aceptación social. Yo lo he hecho, con otras pretensiones, en los trabajos citados de la nota 18. Y ahora, aquí y para terminar, a ellos me refiero en este otro contexto, más radical, de mi hipótesis.

Seguramente, un análisis más matizado de estos argumentos, matizaría también este punto de mi hipótesis, matando algo sus cantos duros de dimisión de la responsabilidad de todos en la responsabilidad de algunos

(20) Y no sería una confirmación menor de esta tesis la experiencia político-tecnocrática de los gobiernos del PSOE, en estos últimos años en España. Nadie, como el PSOE, ha hecho tantos *yuppies*, y tantos al mismo tiempo. A partir de "jóvenes, urbanos, profesionales" ha recreado la estructura económica del país, legitimada ahora socialmente (de ahí sus votos) más por la eficiencia que por legitimidades ideológicas (políticas o morales), que el PSOE ha abandonado, según sectores de sus votantes, con excesiva facilidad desde hace tiempo.

(21) Cf. nota 15.

Del trabajo como vocación al trabajo como elemento...

(los yuppies), y reconfigurando el perfil de éstos con una mayor riqueza de tonos. Por ejemplo, el pragmatismo de la tradición managerial anglosajona y sobre todo, americana, o la tradición más moral, más pervivientemente weberiana de la Europa continental central y nórdica, o, incluso, un cierto grado de disconformidad más aparente que real que encubre, ideológicamente, el nuevo "modo de conformidad", en las sociedades latinas.

Pero, con unos y otros matices, el fenómeno de fondo, aunque sea sólo afirmado como hipótesis, me parece ser el mismo. La moral "externa" del trabajo tal como hoy es vivido, su asunción como valor instrumental del consumo en el espacio de vida no definido por el trabajo, exige una decidida aceptación de los organizadores de esa posibilidad de consumo. Esa aceptación (mutua en un sentido, y unidireccional en otro) es su modo de conformidad. Y ese modo de conformidad es una exigencia del modo de creatividad, necesario para una sociedad de abundancia como la nuestra, y conducida como la nuestra, desde fuera del individuo. En términos morales, el juicio global puede ser severo. Pero cuando hablo de la transformación isomórfica del trabajo, eso es lo que digo. Con todas las reservas y matizaciones que exige el caso, y que una eventual discusión podría revelar más cumplidamente.